

mi; al cual volviéndose Campiano con rostro manso y humilde, le dijo: Vos y yo no somos de una misma religion, y así os ruego que os soseguéis. Yo no quito á nadie su oracion; mas deseo que los católicos solos hagan oracion conmigo, y que en este trance digan por mí una vez el credo; dando á entender que moria por la fe católica, que en el credo se contiene. Tiraron el carro y quedó colgado, y medio vivo, cortaron la sogá, y caído en tierra, le abrieron y cortaron las partes naturales de su cuerpo, y le sacaron las entrañas y arrancaron el corazon, y le hicieron cuartos, los cuales cocidos pusieron en la puente y en los otros lugares más públicos de la ciudad. Con esto el santo padre Campiano corrió felicisimamente su carrera, y dió su espíritu suavísimamente al Señor, protestando siempre que moria perfecto y verdadero católico. Movié tanto al pueblo la muerte del padre Campiano, y su mesura, gravedad é inocencia, que muchos se enternecieron y derramaron lágrimas, y fué menester que para sosegar los ánimos alterados imprimiesen los herejes libros, y en ellos excusasen su tiranía y diesen satisfacion al pueblo. Desta manera tan gloriosa y graciosa acabó este varon de Dios, y venció en Cristo todas las miserias deste mortal y frágil cuerpo, gozando ahora la triunfal corona de su dichosa confesion y martirio, que él consumó, por singular providencia del Señor, delante de toda la ciudad de Lóndres, adonde él habia nacido, para que sus ciudadanos, que no merecieron gozar de los trabajos y de la vida de un su natural y tan señalado varon, á lo ménos ahora sean convertidos de sus errores, y alumbrados con el resplandor de la verdad, por medio de las oraciones afectuosas que continuamente él representa delante del acatamiento de la soberana Majestad, y por merecimiento de aquella purísima sangre que por ellos y delante dellos, en testimonio de la misma verdad, él derramó.

CAPÍTULO XXXIII.

De los otros mártires y católicos afligidos.

Habiendo el padre Campiano triunfado gloriosamente del mundo, carne, demonio y herejía, y recibido la corona de gloria (como se ha dicho), Rodolfo Schervino, sacerdote virtuoso, letrado y prudente, que habia sido colegial del seminario de Roma, subió en el carro, para seguir por los mismos pasos á Campiano. Era Rodolfo hombre tan mortificado y debilitado con los ayunos, vigiliás, penitencias y otros espirituales ejercicios, que ponía admiracion á todos los que le trataban y conocian ántes que le encarcelasen. Y en la misma cárcel se hubo de tal manera, y trató su cuerpo con tal aspereza y rigor, que la guarda que le tenía á cargo quedó asombrado, y con ser hereje, le llamo varon de Dios, y decia públicamente que era el mejor y más devoto sacerdote que habia visto en su vida. Estuvo preso secretamente un año, y en este tiempo disputó muchas veces con los ministros herejes, así en secreto como en público, delante de muchos

caballeros y personas de cuenta, con grande admiracion de los circunstantes y confusion de los arguyentes. Fué tan grande el gozo y alegría que recibió su ánima cuando se vió preso y encadenado, y con unos grillos tan pesados, que no se podía menear, y cuando oía el sonido de la cadena, que no podía tener la risa, que con grande ímpetu le salía de la boca, ni las copiosas lágrimas que como dos fuentes despedían sus ojos, de puro placer, y decia que nunca en su vida habia oido música tan concertada, ni armonía tan suave, como lo era para sus oídos aquella música que le hacia el ruido de los grillos y cadena que traía. Pocos días ántes que le martirizasen, escribió á ciertos amigos suyos una carta, en que, entre otras razones, dice:

«Por cierto que yo esperaba ántes de ahora haber dejado este cuerpo mortal, y besado las preciosas y gloriosas llagas de mi dulce Salvador, que está sentado en el trono de gloria, á la diestra del Padre. Y este mi deseo, ó por mejor decir, Dios, pues es suyo, por habérmelo dado, como yo creo, ha sosegado y regalado mi ánima de tal manera, que la sentencia de muerte, despues que se pronunció contra nosotros, no me ha mucho atemorizado, ni dádomé pena la brevedad de la vida. Verdad es que mis pecados son grandes, mas yo me vuelvo á la misericordia del Señor; mis culpas son infinitas, mas yo apelo á la clemencia de mi Redentor; no tengo confianza sino en su sangre; su pasion amarga es dulce consuelo para mí; en sus manos preciosas nos tiene escritos, como dice el Profeta (1). ¡Oh, si se dignase escribirse él á sí en nuestros corazones, con cuánta alegría pareceríamos delante del tribunal de la gloria del Padre eterno, cuya soberana é infinita majestad, cuando la contemplo, tiembla y queda pasmada mi frágil carne, porque no puede cosa tan flaca sufrir la presencia y majestad de su Criador!»

Y en otra carta que escribe á un tío suyo, el día ántes de su muerte, le dice:

«La inocencia es la armadura y arnes impenetrable de que yo estoy armado contra las calumnias infinitas que contra mí y mis compañeros se han dicho; y cuando el soberano y justo Juez quitará de la cara de los hombres esta falsa máscara de traiciones que se nos opone, entónces se verá quién son los que tienen corazon limpio y sincero, y quién inquieto y sedicioso.»

Despues que acabó Rodolfo su carrera felizmente, le siguió Alejandro Brianto, que era más mozo y habia estado en el seminario de Rems; sacerdote devoto, docto y de suavísima gracia en el predicar, y de maravilloso celo, paciencia, constancia y humildad. El tiempo que estuvo en la cárcel le affigieron con la hambre de manera, que faltó muy poco que allí no acabase la vida, porque mandaron que no le diesen cosa de comer ni de beber, y estuvo así muchos días, hasta que nuestro Señor le

(1) Isaias, 49.

proveyó de unos mendrugos de pan y un poquito de queso duro, y con esto, y con un poco de cerveza y algunas gotas de agua que cogía en el sombrero, de las canales del tejado, cuando llovía, se sustentó, y no pereció de hambre y sed. Entre los otros tormentos que le dieron (que fueron muchos y extraños), le metieron agujas entre las uñas y la carne, y cuando se las hincaban, se estuvo el Santo con una paciencia increíble, sin menearse ni moverse, rezando con ánimo constante y alegre el *Miserere mei*, y suplicando á nuestro Señor perdonase á los que así le atormentaban. Y uno de los jueces, llamado Hamono, viéndolo, se turbó, y como atónito y fuera de sí, comenzó á dar voces y á decir: «¿Qué es esto? ¿Qué cosa tan extraña es la que vemos? Si el hombre no estuviese bien fundado y firme en la religion, la grande constancia y firmeza deste hombre sería bastante para pervertirle.» En el caballete le estiraron y descoyuntaron con tan extraordinaria crueldad, que casi le despedazaron y desmembraron, porque no queria declarar adónde estaba Personio, y la imprenta para imprimir los libros. Despues, estando como sin sentido y sin poder menear mano ni pié, ni parte alguna de su cuerpo, le dejaron tendido en el suelo quince días, sin cama ni otro refrigerio, con grandes penas y dolores. Cuando le llevaron á oír la sentencia de su condenacion, buscó forma para hacer una crucecita de madera, y la llevó descubierta, y se hizo abrir la corona, para que los herejes entendiesen que se preciaba de las órdenes sagradas y de su religion. Finalmente, padeció tan horribles tormentos, y con tan admirable constancia y alegría, que parecia uno de aquellos valerosos é invencibles mártires de los tiempos de Neron, Decio ó Diocleciano, los cuales humanamente él no pudiera sufrir sino con particular y extraordinario socorro del cielo. Y él mismo confesó que por un voto que hizo de entrar en la Compañía de Jesus, y otros espirituales ejercicios, le consoló el Señor en todas estas penas maravillosamente, y lo escribió á los mismos padres de la Compañía que estaban en Inglaterra, rogándoles que lo recibiesen en ella, en una carta que dice así:

ALEJANDRO BRIANTO, PRESO POR CRISTO, Á LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, SALUD EN EL SEÑOR.

«Cuando con diligencia me pongo á pensar, muy reverendos padres, la solicitud maravillosa con que Dios nuestro Señor busca el bien de sus criaturas y la salud eterna de nuestras almas, y el ansia grande con que desea poseer nuestro corazon por amor y tenerle por morada suya, quedo, por una parte, espantado y atónito, y por otra avergonzado y confuso de ver la villanía de los hombres, que nunca acabamos de servirle de varas, y hacer de nosotros y de todas nuestras cosas verdadero sacrificio y holocausto perfecto á su divina Majestad, movidos con tantas misericordias y beneficios como de su liberal y dadivosa mano habemos recibido, y atraídos y convida-

P. R.

dos con la esperanza del premio que nos promete, y atemorizados tambien con el temblor de sus amenazas y con el espanto de su riguroso y justo juicio; porque, dejando aparte los beneficios inmensos que nos ha hecho, el habernos criado de nada, y conservarnos en el sér que nos dió, habernos redimido tan á costa suya, habernos llamado y justificado despues de perdidos, y el habernos prometido la gloria que esperamos, ¿qué diré, que no contento con esto, nos está convidando y atrayendo á que, dejada la vanidad, le sigamos, diciendo con palabras llenas de amor y ternura: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé, y á los que me aman, amo, y el que por la mañana madrugare á buscarme, sin duda me hallará, y dichoso el varon que me oye y vela á mis puertas cada día, y aguarda á los umbrales dellas; porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor?» Y El mismo, que nos manda le busquemos, nos enseña dónde le hayamos de buscar para hallarle, diciendo: «Donde quiera que dos ó tres se juntaren en mi nombre, en medio dellos estoy.» Allí sin duda podemos entender se halla Cristo, donde muchos, unidos con el vinculo de la caridad, se juntan, con solo este blanco y fin de servir al Señor y honrarle, guardar sus santos preceptos y consejos, y acrecentar y extender cuanto fuere en sí su glorioso nombre y reino. Y el que á estas voces del Señor (dejada la vanidad y mentira que el mundo enseña) diere los oídos á su alma, este tal aprenderá la verdad y no andará en las tinieblas y sombra del error; mas con seguridad caminará á las fuentes claras del agua de la vida. En tales congregaciones y juntas, dedicadas de veras al servicio divino, se halla el camino derecho que nos lleva á la vida eterna, no ya inculto y cubierto de espinas y abrojos, sino muy trillado y allanado con las pisadas y ejemplos de los santos que por él caminaron; ni tampoco adornado y enramado con las flores y frescuras de los regalos y deleites de la carne, que tan brevemente se marchitan y se deshacen como un humo, sino rodeado y pertrechado con leyes, estatutos y reglas santísimas, y con avisos y consejos saludables, para que los pequeñuelos y que ménos saben no yerren ó se pierdan en él, echando por los despeñaderos del vicio y del pecado. Aquí se halla todo dispuesto con admirable órden y concierto, en número, peso y medida, como en lugar adonde verdaderamente reina la Sabiduría divina, cuyas obras siempre son ordenadas. Aquí florece y campea la disciplina religiosa, aquí se muestra el provecho de la correccion y aviso fraternal, aquí se ejercita el suave castigo de las pasiones y afectos desordenados, y aquí, finalmente, se halla una ferviente y santa emulacion, con que unos á otros se ayudan, invocan y incitan á la fraterna caridad. Pues por estas y otras cosas semejantes, que el Señor anteriormente me representaba, y muy á menudo en mi entendimiento revolvia, despues de la larga deli-

18

beracion, me habia resuelto y determinado, dos años há, con firme y verdadero propósito de escoger esta suerte y modo de vivir, si Dios nuestro Señor fuese dello servido; y para mejor acertar en ello, lo comuniqué con un varon devoto y religioso, que entónces era mi padre espiritual, preguntándole me dijese si entendia que volviendo yo de mi tierra, adonde por justas causas me era necesario ir, me recibirían los padres de la Compañía en su religion; porque el Señor me llamaba eficazmente á ella. Respondióme que siendo aquel llamamiento de Dios, como era, ninguna duda tuviese en ello, sino mucha confianza que lo alcanzaria. Fué grande el esfuerzo y ánimo que con semejante respuesta cobré; y así, de allí adelante fueron muchas las veces que delante nuestro Señor torné á renovar y refrescar aquel santo propósito que Dios me habia inspirado; y hallándome á la sazón en Inglaterra, donde me parecia que mi trabajo é industria podria ser de algun fruto, empleándome en reducir algunas de aquellas almas, que tan descarriadas andan del verdadero camino de su salvacion, y tan ajenas del conocimiento de su Salvador, dilaté por entónces este intento hasta que Dios de allí me trajese donde cómodamente le pudiese cumplir; pero siendo servido nuestro Señor, por sus divinos y ocultos juicios, que yo esté al presente encarcelado y sin libertad para poder ejercitar este mi intento, y creciendo cada día más en mi aquel divino impulso y llamamiento, y el deseo vivo de la perfeccion, tengo hecho voto de ello á nuestro Señor, despues de haberlo muy despacio mirado, sólo con fin de servir más á Dios de aquí adelante, para mayor gloria suya y tener más cierta la salvacion de mi alma, y para triunfar tambien del demonio, que me lo procura estorbar, con más insigne y gloriosa vitoria. Hice, pues, voto, como digo, que cada y cuando que el Señor fuese servido de sacarme de esta prision, me pondria en las manos de los padres de la Compañía de Jesus para que ellos hiciesen en este negocio lo que para mayor honra y gloria de nuestro Señor les pareciese, y que si (inspirádoselo Dios) me recibiesen, entregaria toda mi libertad á la obediencia de la Compañía y servicio de nuestro Señor; y este propósito y voto ha sido el que en los mayores trabajos de mi prision me ha consolado y me ha dado fuerza para padecer los tormentos que he padecido, y éste tambien es el que me daba confianza de alcanzar fortaleza y paciencia en los tormentos cuando, armado con él y con la intercesion de la Virgen Maria, nuestra Señora, me llegaba al trono de la divina Majestad á pedir mercedes. Y sin duda ninguna fué cosa guiada de la mano del Señor, porque vine á hacer este voto y última resolucion, cuando puesto delante de nuestro Señor, me parecia que, dejadas las cosas de la tierra, estaba profundamente contemplando las del cielo, lo cual pasó desta manera.

El primer dia que el Señor me hizo merced de que por su santo nombre y fe fuese atormentado, ántes

de entrar en el lugar del tormento, procuré recogerme un poco en oracion, encomendándome al Señor de véras con todas mis cosas, por aguardar un trance tan riguroso y dificultoso de pasar; y fué grande y singularísima la alegría y consolacion que recibia mi alma, repitiendo muy á menudo el nombre santísimo de Jesus y Maria, rezando el rosario, de donde nacia un ánimo fuerte y aparejado para cualquier peligro y combate que el demonio por medio de sus ministros me ofreciese. Estando en esto, vino á la memoria aquel antiguo propósito que el Señor me habia dado, de ser de la Compañía, y parecióme buena ocasion para confirmar con voto lo que ántes tanto habia deseado; y así, acabada la oracion, comencé interiormente á desahogar el negocio. Y despues de larga conferencia, hice voto liberalmente de entrar en la Compañía, si el Señor fuese servido de librarme de aquella prision. Y parece que luégo quiso nuestro Señor darme á entender que habia acetado mi sacrificio, porque en todas las tribulaciones y trabajos en que despues me vi, me parece que visiblemente me ayudaba su poderosa mano, confortándome en el mayor aprieto y necesidad, librando mi alma, como dice el Profeta, de los labios injustos y de la lengua engañosa de los que andaban bramando al derredor de mí, aparejados para hacer presa.

En lo cual me aconteció una cosa, que si ha sido sobrenatural y milagrosa, yo no lo sé; Dios lo sabe; pero que haya pasado como lo diré, testigo me es delante de Dios mi misma conciencia. En el último tormento que padecí, cuando más los crueles verdugos mostraban en mi cuerpo su rabia, teniéndome atado con unos cordeles de las extremidades de los piés y manos, y tan estirado, que no habia parte en mi cuerpo, ni coyuntura, por pequeña que fuese, que no la desencajasen con la grande fuerza con que me tiraban, aconteció entónces que, ayudado de la divina mano, no sólo no sentia dolor alguno, mas ántes me parecia que realmente descansaba y recibia alivio del tormento pasado, y así perseveré todo el tiempo que me atormentaron con tanta quietud y serenidad, como si nunca tal por mí pasara; y fué tanta la novedad que les causó á los ministros y oficiales de la Reina, que me mandaron quitar del tormento, y que el dia siguiente se buscase algun nuevo y exquisito modo de crueldad para atormentarme. Lo cual como yo oyese, ninguna impresion hizo en mí, porque tenia grande confianza en la poderosa mano del Señor, que así como en los demás, tambien en aquel combate me daria paciencia y fortaleza; y entre tanto procuraba lo más que podía, considerar la pasion acerbísima de nuestro redentor Jesucristo, llena de infinitos dolores y trabajos, y aún estando en el tormento me pareció que alguno de los verdugos me habia herido en la mano izquierda, y que me salia sangre della; pero cuando me soltaron y advertí en ello, no hallé cosa semejante ni sentí dolor alguno en ella; otras cosas

notables me acontecieron, que por brevedad dejo.

Pues para que vuestras reverencias puedan entender mi deseo é intento, supuesto que moralmente hablando, segun van los negocios, no hay esperanza por ahora de libertad, desde esta cárcel, ausente con el cuerpo, y presente con el alma y afecto de mi corazon, humildemente me pongo en las manos de vuestras reverencias, suplicándoles con todo el encarecimiento que puedo, me tengan muy presente delante de nuestro Señor, y determinen de mi libremente lo que juzgaren para la mayor gloria de Dios y salud de mi alma, y si posible es que en ausencia yo sea recibido en la Compañía, suplico á vuestras reverencias, por la sangre de Jesucristo, lo hagan, para que desta manera nuestro Señor me haga uno de sus siervos, y para que, ayudado con las oraciones y sacrificios de muchos amigos suyos, con mayor seguridad y fortaleza vaya al premio que me ha propuesto. Bien entiendo las muchas astucias y asechanzas del antiguo adversario, el cual, como quiera que sea serpiente astuta y culebra enroscada, procura con mil ardidés engañar y hacer trampantojos á las almas sencillas que no tienen á quien acudir en sus necesidades, y ser guaridas con seguridad, transfigurándose en ángel de luz, por lo cual, con mucha razon nos aconseja el Apóstol que probemos los espíritus y movimientos de nuestra alma, y examinemos con diligencia si son de Dios. A vuestras reverencias, pues, como á varones espirituales y diestros en semejantes batallas, encomiendo este negocio, suplicándoles por las entrañas misericordiosas del Señor, se dignen regirme y gobernarme con su consejo y prudencia. Y si juzgaren por más expediente para el divino servicio, utilidad de la Iglesia y salvacion eterna de mi alma, el recebirme luégo, como he dicho, en la Compañía del santísimo nombre de Jesus, yo prometo desde ahora, delante de la divina Majestad, perpétua sujecion á todos y cualesquier prepositos y superiores de la Compañía, que agora y en algun tiempo la gobernaren, y á todas las reglas y estatutos recibidos en ella, con todas mis fuerzas, cuanto el Señor para ello me ayudare. Del cual propósito mio y voto quiero que me sea testigo este dia en que lo hago, y esta escritura de mi mano, en el dia del juicio, delante de aquel tribunal justísimo del Juez de vivos y muertos.

De la salud y entereza de mi cuerpo no tienen vuestras reverencias que dudar; porque ya casi estoy, por la bondad de Dios, tan recio y fuerte como ántes de los tormentos, y cada dia me voy sintiendo con mayores fuerzas. No se ofrece al presente otra cosa sino pedir encarecidamente ser encomendado en los santos sacrificios y oraciones de vuestras reverencias, para que el Señor me ayude en estos trabajos de mi prision y cárcel, donde quedo aguardando por momentos la resolucion de vuestras reverencias sobre este negocio. — De vuestras reverencias indigno siervo, ALEJANDRO BRIANTO.

Volviendo pues á nuestra historia, todos estos fueron arrastrados, colgados en la horca, y dejados caer medio vivos y abiertos, y desentrañados y despedazados, y muertos como traidores y rebeldes á la Reina, en la misma manera que dijimos del padre Campiano. Despues que estos tres esforzados capitanes pelearon y vencieron gloriosamente, el año siguiente de mil y quinientos y ochenta y dos, á veinte de Mayo, fueron martirizados en Lóndres otros sacerdotes, y á los treinta de Mayo del mismo año otros cuatro sus compañeros, entre los cuales fué uno Tomas Cottamo, de la Compañía de Jesus, varon perfecto y santo. Y en el mismo año y en los siguientes otros muchos, así clérigos como seglares, en Lóndres y en otras ciudades de Inglaterra, han derramado su preciosa sangre con admirable paciencia y constancia por la confesion de la verdad católica. Y ha habido muchos legos del pueblo, que no han querido entrar en las iglesias de los herejes ni hallarse en sus profanas ceremonias, y por ello, y por no poder pagar las penas pecuniarias que conforma las leyes del reino debian, han sido llevados á la vergüenza y azotados públicamente y maltratados con grande oprobrio y escarnio. No se han los herejes contentado con perseguir, atormentar y matar á los sacerdotes y hombres de mediana ó baja suerte, legos, sino tambien se han embravecido contra los caballeros principales, señores y áun grandes del reino, que han sabido ó olido que, cansados ya de su crueldad, y desengañados (por la misericordia de Dios) de sus errores, se han vuelto ó confirmado en la fe católica. Entre los señores que han encarcelado y muerto han sido el Conde de Arundel y el Conde de Nortumbria, que son de los más antiguos señores del reino, y más poderosos en nobleza, riqueza, deudos y estado. El Conde de Arundel, mayorazgo del Duque de Norfolkia, saliendo de Inglaterra, por no poder sufrir en ella las crueldades y extorsiones que cada dia se hacen á los católicos, y por vivir con más quietud y seguridad de su conciencia fuera del reino, fué preso en la mar, y echado en la cárcel con sus hermanos, tio, deudos, criados y amigos, adonde todavía está aguardando que hagan dél lo que han hecho del Conde de Nortumbria; al cual, despues de haber quitado la vida á su hermano mayor, por haber tomado las armas por la fe católica, y de haberse servido dél (que entónces era hereje) contra su propio hermano, le prendieron, y por buena suma de dineros le soltaron y le desterraron. Despues, entendiendo que era de corazon católico, le tornaron á prender, y procuraron acabarle con yerbas; mas no les sucedió, porque un médico católico se lo estorbó. Estando así preso en la torre de Lóndres, le hallaron una noche muerto en su cama, atravesado el cuerpo con una pelota de arcabuz. Publicaron luégo los herejes por todo el reino que el Conde se habia desesperado y puesto las manos en sí mismo, y muértose con aquel pistolete, porque sabia las traiciones que habia tramado contra

la Reina, y temia la pena y castigo dellas, y otras cosas falsas y improbables, para encubrir y dar color á su maldad. Porque no se contentan con quitar las vidas á los católicos, sino procuran tambien quitarles las honras; ni les basta cometer las violencias que cometen, sino que echan las culpas dellas á los inocentes, como en el capitulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo la Reina y sus ministros publican que los santos mártires no mueren por la religion, sino por otros delitos.

Tuvieron por costumbre los gentiles y paganos, cuando perseguian á los cristianos y querian con tormentos y muertes cruelísimas desarraigar nuestra santa religion del mundo, acusar falsamente á los mismos cristianos que perseguian, é imputarles muchos y atroces delitos, para que se entendiese que eran gente pernicioso, aborrecible y merecedora de tan grave castigo. Desta manera el emperador Neron, despues de haber abrasado la ciudad de Roma, y gozado de su lastimoso incendio algunos dias, como vió la murmuracion del pueblo, que contra él se levantaba, buscó falsos testigos, que echasen la culpa á los cristianos (1), y los acusasen como á incendiarios y revoltosos y enemigos de la paz y quietud del imperio; y con este título él los persiguió y afligió con increíbles linajes de penas y muertes. Tertuliano se queja (2) que los cristianos eran falsamente acusados de los gentiles que mataban los niños y los sacrificaban. Y para defenderlos desta calumnia y de otras, Justino mártir escribió una apologia al emperador Antonino Pío (3), en cuya persecucion escribe Eusebio Cesariense que en Francia achacaban á los cristianos que comian carne humana, y cometian otros delitos tan feos y abominables, que no se pueden decir. Y con este nombre los despedazaban y consumian, y hacian odiosos al pueblo, y con ellos la fe de Jesucristo, nuestro redentor (4). Desta misma manera Juliano Apóstata, queriendo extinguir nuestra santa religion y ensalzar la idolatria, condenó á destierro y muerte á muchos clérigos, con color y voz de haber cometido muchos y graves delitos, y especialmente por haber maquinado y movido sedicion contra el imperio. Estas mismas pisadas han seguido los herejes, por estos mismos pasos han andado, con estos artificios y calumnias han pretendido derribar la verdad; particularmente cuando perseguian á los prelados y sacerdotes (que son guías, cabezas y pastores de la Iglesia), para hacerlos más odiosos y aborrecibles al pueblo, publicaban delitos enormes dellos y daban á entender que por ellos eran acusados y presos por facinorosos, y no por la fe (5). Así los emperadores

(1) Tacit., lib. v.

(2) In Apolog. contra gentes.

(3) Justin. Martir, Apol., II, ad Antonin. Euseb., lib. v, cap. I et IV.

(4) Hist. Tripart., lib. VI, cap. XXVII.

(5) Rafi., Hist., lib. I.

arrianos y sus obispos acusaron al fortísimo é invencible capitán de la Iglesia católica, san Atanasio, de nigromántico, deshonesto y traidor. Así el Presidente de Ponto, oficial de Valente, emperador hereje, persiguió á san Basilio, columna firmísima de la Iglesia, por la religion católica (6), mas con pretexto de otro delito, y hizo buscar (con maravilla y espanto de todo el mundo) en el aposento del mismo Basilio una donecella. Los vándalos, que tambien eran herejes arrianos, con espantosa fiereza persiguieron en África á los católicos, imponiéndoles que habian tenido sus tratos é inteligencias secretas con los romanos, contra ellos (7). La emperatriz Teodora, mujer del emperador Justiniano, que era tocada de la herejía de Eutiquio (8), persiguió cruelmente á san Silverio, papa, y al clero, publicando falsamente que habian sido tomadas algunas cartas dellos, con las cuales llamaban en su favor á los godos para que se apoderasen de Roma y se hiciesen señores del imperio; sabiendo todo el mundo que todo era mentira, y que los afligia por la fe católica, la cual ella aborrecia. Lo mismo hizo Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, que era arriano, con san Juan, papa, que le mató por la fe católica, aunque quiso dar á entender otra cosa. En el *Martirologio romano*, á los dieciséis de Diciembre, se hace mención de muchas santas vírgenes, que murieron en la persecucion de los vándalos, de las cuales dice Víctor, que la escribió (9), que no murieron solamente por la fe católica, sino tambien porque nunca quisieron decir las mentiras y falsos testimonios contra los siervos de Dios, que los herejes con penas y suplicios les querian hacer decir. Y destes ejemplos se hallarán muchos en las historias eclesiásticas; pero en todas ellas no se hallará pintada tan al vivo esta artificiosa maldad, como en los herejes de nuestros tiempos, y particularmente en esta persecucion de Inglaterra que vamos tratando; porque todas las calumnias y miserias que la Iglesia católica ha padecido hasta agora de los gentiles arrianos, godos, vándalos, longobardos, donatistas, eutiquianos, mahometanos, husitas, hugonotes, ó de cualquiera otra diabólica secta de herejes y paganos, se pueden ver, como en un espejo, representadas en esta persecucion, de tal manera, que, cotejadas con ella, todas parecen cifra. No quiero tratar de la maldad con que acusaron falsamente de estupro y llamaron á juicio al arzobispo Armacano, y procuraron infamar de adulterio al santo mártir Tomas Cottamo, ni de las otras sociedades que han opuesto á otros siervos de Dios, y predicádolas en los pulpitos y derramádolas en las plazas, y publicádolas con libros impresos para pervertir y engañar á la gente vulgar, la cual, por su simpleza, está sujeta á semejantes engaños. Lo que quiero decir es, que no se han contentado estos ministros de Satanás con derramar tanta sangre

(6) Gregor. Naclan., in oratione de Bas.

(7) Victor, De persecutione vandalarum.

(8) Paulo, diácono, lib. XVI.

(9) Victor, De persecutione vandalarum, lib. I.

de inocentes y santos y bienaventurados mártires; mas viendo que los que morian eran tan grandes letrados, que sus falsos predicadores no osaban disputar con ellos, y tan constantes, que los tormentos, por atroces que fuesen, no los podian vencer, juzgaron que no les convenia se entendiese que morian por causa de la religion, y fingieron otra de delitos y traicion, para que con este color y apariencia los simples creyesen que morian, no como católicos, sino como facinorosos y traidores. Buscaron esta invencion, porque muchas sectas de los herejes no sienten bien que nadie sea castigado por causa de la religion, y algunos no quieren que se tenga más cuenta della de lo que estuviere bien al Estado y conservacion civil de la república. Y tambien porque á ninguna persona cuerda puede parecer cosa justa que uno muera por hacer profesion de aquella religion en la cual todos sus antepasados, desde que recibieron la fe de Jesucristo, han sido bautizados, y han vivido y muerto y sido salvos, y que, por ser obedecida comunmente de toda la cristiandad, tiene nombre de religion católica. Y asimismo porque veian que por la constancia y fortaleza destes santos mártires en los tormentos, y por la muerte sufrida con tanta alegría y paciencia, infinita gente de Inglaterra se movia á seguir por cierta aquella fe que ellos confesaban. Y no ménos porque ellos alcanzaban nombre y honra de mártires entre los católicos. Y queriendo despojar desta gloria y triunfo á los que morian, y del ejemplo y esfuerzo dellos á los que quedaban, publicaban otros delitos y maldades. Y finalmente, porque por este camino tenian más fácil entrada y ocasion más aparente de arruinar y destruir á todos los caballeros ricos y señores que habian recibido en sus casas, ó de cualquiera manera favorecido, á los dichos sacerdotes y santos mártires, como á hombres encubridores y favorecedores de los enemigos de la Reina, y traidores á su real persona y corona. Y con esto, ni los sacerdotes osasen entrar en el reino, ni nadie hospedarlos ni acogerlos en él, ni comunicarlos por carta, ni enviar sus hijos á los seminarios de Roma ni de Rems para ser en ellos instruidos y enseñados. Por estas razones han sembrado los herejes de Inglaterra que ninguno destes bienaventurados mártires moria por la religion, sino por otros delitos gravísimos, y entre ellos, por haber querido matar á la Reina. Pero veamos cómo procedian en sus juicios y tribunales para colorar esta mentira y hacerla más creible y aparente.

CAPÍTULO XXXV.

La manera que tenian los herejes para estirar su mentira y hacer que pareciese verdad.

La manera que la Reina y los de su Consejo han tenido para affigir á los católicos y siervos de Dios es peor que la misma muerte que les daban; porque, siendo la causa de su muerte la confesion de la fe católica, y el no reconocer á la Reina por soberana cabeza de la iglesia de Inglaterra, han pu-

blicado (como dijimos) no ser ésta la causa verdadera de sus tormentos y muertes, sino el haber tratado en Roma y Rhems la muerte de la Reina, y conjurado contra el reino, y procurado que otros principes le invadiesen y usurpasen, y otras cosas tocantes á éstas. Quisieronlas probar con algunos testigos falsos, comprados y pagados, hombres facinorosos y de mala vida, los cuales aún no supieron urdir ni tejer bien la tela de su maldad; porque acusaban á algunos que no se habian visto en su vida, por haber tratado esta conjuracion entre sí; á otros metian en la danza y hacian autores desta rebelion, tratada en Roma, que nunca habian salido de Inglaterra, ó no estaban en Roma cuando ellos dicen que esto pasó. Y los mismos testigos eran tales, que nunca habian visto ni conocido, ó apenas oido hablar, á muchos de aquellos contra quien testificaban. Pero, por alcanzar perdon de sus graves delitos, decian todo lo que los ministros injustos de la justicia les mandaban; y así lo confesó y escribió uno de ellos, llamado Juan Nicolas. Vióse claramente la mentira y artificio en el mismo tribunal y juicio; porque al principio, cuando prendian y encarcelaban y atormentaban á los santos de Dios, nunca les preguntaban sino cosas tocantes á la religion: á quién habian reconciliado á la Iglesia, dónde habian dicho misa, quién los habia recebido y sustentado, qué cosas habian sabido en la confesion (lo cual no se puede ni debe por ninguna via descubrir), y otras cosas semejantes. Despues, como esto no les sucedió, para colorar su maldad, enviaron cuatro doctores de leyes para que examinasen los mártires con seis preguntas ó artículos, y los apretasen de manera, que si no habian caido en culpa de rebelion, pareciese á los inorantes que caian, y ellos tuviesen ocasion de castigar el ánimo de los santos, ya que no podian castigar la obra; porque les preguntaban qué harian ellos, ó qué les parecia se debía hacer cuando tal cosa sucediese; qué hicieran si se halláran en Hibernia cuando los católicos tomaron las armas contra la Reina; si hay alguna causa justa para deponer ó privar del reino á la Reina ó á otro rey; qué se debía hacer, ó harian ellos, si la Reina cayese en alguna herejía ó apostasia, ó si fuese depuesta; qué aconsejarian en tal caso al pueblo; y otras cosas exorbitantes, con las cuales querian descubrir el corazon y los pensamientos, y castigarlos; siendo esto propio de Dios, en cuyos ojos están descubiertos y patentes, infinitamente más que á los de los hombres, las acciones y las obras. Y lo que excede toda tiranía y maldad, no solamente pretendieron castigar los pensamientos, estrujados y sacados de la boca por fuerza, y exprimidos con falsas suposiciones y calumnias, mas tambien los pecados no cometidos, sino que se podrian cometer, ó que probablemente se cometerian hallándose en la tal ocasion. Y si respondian los mártires que de los casos contingentes y por venir no podian decir cosa cierta, y que, si en algo faltasen, ellos se sujetarian á las leyes y á sus pe-

nas, ó con otra respuesta más general: que cuando sucediese lo que se les preguntaba, harían lo que la Iglesia católica, ó los sabios della, en semejantes casos determinasen, decían ellos que estas respuestas, tan cuerdas y justificadas, mostraban la mala voluntad y desafección que ellos tenían á la Reina y á su corona, y que por ella habían de morir; y en efecto, los mataban con la crueldad y fiera que habemos visto, publicando y predicando que morían por rebeldes y traidores á la Reina. Para persuadirlo mejor escribieron un libro en inglés, que intitularon: *La Justicia británica ó inglesa*, y le imprimieron, y derramaron por todo el reino, en el cual quisieron probar que ninguno de los santos mártires había muerto en Inglaterra por la fe, ni por causa de la religión, sino por revoltoso, amotinador y alborotador del reino, y por haber conjurado contra la vida de la Reina; pero á este necio y falso libro respondió el cardenal Guillermo Alano (de quien en esta historia algunas veces se ha hecho mención) tan cuerda y gravemente, y con razones de tanto peso y verdad, que la mentira, mal compuesta, quedó corrida y descompuesta. Pregunto yo: ¿qué manera de proceder es ésta? ¿quién jamás tal vió ó oyó? ¿qué tirano, qué bárbaro, qué gentil, qué tirano ó fiera, en cuántas persecuciones ha padecido hasta agora la santa Iglesia, ha usado este género de calumnia? Atormentar y despedazar á los cristianos, porque lo eran, usaban ellos, pensando que acertaban y que agradaban y defendían á sus falsos dioses. Imponer á los santos las culpas que no tenían, algunos malvados tiranos lo hicieron, para encubrir y dar color á su crueldad. Mas descubrir con artificio y preguntas y repreguntas los pensamientos, y castigarlos, y quitar la vida al inocente, no por la culpa que no cometió, sino por la que su enemigo sueña que podía cometer ó que cometería si se hallase en tal ocasión, esto es hacer á los hombres traidores, y no castigar las traiciones; no es seguir las leyes, sino pervertirlas y confundir la república, y mostrar sed insaciable de sangre humana. ¿Quién consentiría que se examinasen la mujer, los hijos y criados de su casa, y que les preguntasen qué harían en caso que el marido, padre ó amo conjurasen contra el Príncipe; si le seguirían, si secretamente le favorecerían ó ayudarían, si le darían de comer, y diciendo que sí, por esto solo los atormentasen y quitasen las vidas? ¿Qué rey ó príncipe católico hay hoy en el mundo, que tuviese por agravio y castigase con pena de muerte al teólogo ó letrado que, disputando en las escenas, afirmase que, en caso que el tal rey ó príncipe cayese en herejía, ó fuese cismático é infiel, podía ser depuesto y privado de su reino? Esto digo para que se vea que la herejía, no solamente hace al hombre infiel y desleal á Dios, sino inhumano, cruel, fiero y bárbaro, y quebrantador de todas las leyes divinas y humanas, y usurpador de lo que es propio de Dios, que es ver y castigar los corazones, y aún hacerse más que el mismo Dios, pues nunca él castiga sino las culpas

ya cometidas, y estos monstruos castigan las que se pueden cometer, ó las que, no siendo culpas, ellos piensan que lo son, y que los otros cometerían. Con estas y otras atrocísimas calumnias persiguen á los santos, quitándoles las vidas como á católicos, y las honras como á traidores y facinorosos, y haciéndoles dos veces mártires, en vida y en muerte. Mas el Señor como á tales los ha honrado, y por la doblada confusión que de sus perseguidores han recibido, les ha dado doblada gloria: primeramente, con la corona del martirio, por la confesión de la fe, que ha sido la verdadera causa de su muerte, y despues con el ilustre título y glorioso galardón que se debe á los que mueren inocentemente, como murió Abel y Naboth, el cual, siendo falsamente acusado de haber dicho palabras contra Dios y contra el Rey, fué condenado á muerte (1). Siempre serán bienaventurados estos valerosos mártires, por estar ya libres de las congojas desta vida mortal, y seguros debajo de la mano y protección de Dios, adonde no llega el tormento de la malicia humana ni la falsedad y engaño; pero mucho más bienaventurados son por haber alcanzado esta corona y triunfo con el derramamiento de su preciosa sangre, con la cual esperamos que se aplacará el justo enojo del Señor y se amansará esta tormenta pública, brava y espantosa, del pecado y herejía. La muerte dellos es preciosa delante del divino acatamiento; sus ánimas están en gloria, su memoria en bendición y su nombre será eterno. Los cuerpos (que era la parte más baja y más flaca destos esforzados capitanes), aunque hayan sido despedazados y colgados de las horcas, y puestos en las astas, puertas y torres de la ciudad, y comidos de las aves, son muy honrados, y dignos de mayor reverencia que los cuerpos embalsamados de los más poderosos reyes del mundo, que yacen en sus reales y suntuosos sepulcros. En aquel día y en aquella misma hora que estuvieron en el carro para ser muertos, eran más dichosos y bienaventurados que la gente regalada y segura que los estaba mirando. Y puesto caso que aquellos dolores y breve ignominia parecían á los hombres carnales extrema miseria, no era así, pues los tormentos se acabaron en un momento, y la mejor parte dellos gozó ántes de Dios que sus cuerpos se enfriasen y saliesen de manos de sus atormentadores. Y muchos hicieron secretamente oración á las ánimas gloriosas dellos, ántes que sus cuerpos fuesen hechos cuartos; pues para la honra deste mundo, que los herejes les han querido quitar, ¿qué mayor gloria podían tener que la que tienen, y que por toda la cristiandad se ha derramado, de su valor y virtud? En Italia, en España, en Francia y en la misma Inglaterra se tienen en gran reverencia sus sagradas reliquias, y con cualquiera precio se compraría (si se pudiese comprar) cualquiera cosa, por pequeña que fuese, de sus carnes, huesos, cabellos ó vestiduras, ó teñida de una gota de su inocente sangre, como

(1) Gen., IV, 5; Reg., I.

siempre se hizo en la Iglesia católica con los mártires de Cristo, reverenciando sus santas reliquias, besándolas y teniéndolas por un preciosísimo y riquísimo tesoro, y muriendo muchas veces por ello; pues en el *Martirologio romano* (1) se ponen por mártires siete mujeres, que murieron porque recogían las gotas de sangre que caían del cuerpo de san Blas, cuando le atormentaban, y á san Julian de Capadocia (2), que fué acusado y quemado á fuego lento, porque besaba los cuerpos muertos de las santos mártires.

Desde Oriente á Poniente, y de Setentrion á Mediodía, do quiera que hay católicos cristianos, correrá la fama destos esforzados soldados, vivirá su memoria y se derramará la suavísima fragancia de su celestial vida y gloriosa muerte. En Inglaterra muy muchos católicos van como en romería adonde sus cabezas y cuartos están colgados, como quien va á guardarlos, ó á preguntar cuyas cabezas y cuerpos son, y qué traidores han sido aquellos cuyas cabezas están levantadas sobre las demas; y con este color hacen oración y satisfacen á la devoción que tienen con ellos. De manera que sus enemigos les han hecho mayores bienes con los tormentos y muerte cruel que les han dado, que todos sus amigos y todos los príncipes del mundo les pudieran hacer, aunque les dieran el cetro y la corona y dejáran el reino en sus manos. Y dado que los herejes no han pretendido esto, sino todo lo contrario; pero halo pretendido aquel Señor que con su eterna é inmutable providencia guía y endereza todas las cosas para su gloria y bien de sus escogidos, y toma por medio la sinjusticia y crueldad de los tiranos, para declarar el esfuerzo y paciencia de los mártires, y coronarlos y honrarlos, y con el ejemplo, merecimientos é intercesiones dellos ennoblecer, animar y defender su reino, que es la santa Iglesia católica. Y para que no podamos dudar desta verdad, ha sido servido darnos algunas prendas della, y obrar cosas admirables y milagrosas en las muertes de algunos destos soldados suyos, que en tiempo del rey Enrique y de su hija Isabel han derramado su sangre por su Iglesia, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXVI.

Algunas maravillas que ha obrado Dios para gloria de los mártires de Inglaterra.

No hay consejo contra Dios, el cual comprende, como dice la Escritura (3), á los prudentes en su astucia. Él ha descubierto la maldad y artificio de los herejes, con que han querido oprimir á los católicos y siervos de Dios, no solamente quitándoles las vidas porque lo eran, sino también la fama y honra, publicándolos por traidores; porque ha hecho muchas cosas maravillosas para mostrar su inocencia y verdad, algunas de las cuales quiero yo aquí contar, para gloria del mismo Señor que

(1) Á 3 de Hebrero.

(2) Á 17 de Hebrero.

(3) Job., v; 1, Cor., III.

las hizo, y honra de sus mártires, y confusión de sus perseguidores. La cabeza del bienaventurado obispo Rofense fué puesta sobre una asta en la puente de Lóndres, donde estuvo muchos días á vista de todo el pueblo, y fué cosa maravillosa que cuanto más allí estaba, más fresca y más hermosa y grave parecía; de manera que porque no se alterase el pueblo con esta vista y novedad, la mandó el rey Enrique quitar, como dijimos. Cuando Margarita, hija del excelente y santo varón Tomas Moro, quiso enterrar á su padre, no se acordó, con la pena, de llevar lienzo para amortajarle, ni dineros con que comprarle, y despues que cayó en su descuido, confiada en Dios, entró en una tienda, y concertó las varas de lienzo que le pareció bastarían para aquel oficio de piedad, y milagrosamente halló el justo precio que montaba el lienzo, como arriba queda referido. Un ciudadano de Vintonia tuvo una cruelísima tentación de desesperación muy largo tiempo, y no habiendo hallado para vencerla remedio ninguno, fué Dios servido que le hallase en el consejo y en las oraciones del santo mártir Tomas Moro, cuando áun vivía y era cancelario del reino. De suerte que todo el tiempo que pudo acudir á él y tratarle se halló libre de aquel afán y peligro; mas cuando prendieron á Moro, como no le podía hablar, tornóle la misma tentación con mayor fuerza y vehemencia, hasta que el día que le sacaron para martirizarle, rompiendo por las guardias y ministros de la justicia y el tropel de la gente que le acompañaban, se le puso este hombre delante, y le dijo su trabajo y aflicción, rogándole que le socorriese. El Santo le respondió: *Bien os conozco; rogad á Dios por mí, que yo rogaré por vos*. Fuése el hombre, y para siempre jamás no tuvo más aquella tentación. Los cuartos de los santos cartujos que murieron por la fe católica en Lóndres se pusieron á las puertas de la ciudad y de su mismo monesterio, y escriben algunos que en más de tres meses estuvieron muy enteros, y que jamás se vió encima dellos cuervo ni grajo, como se ve sobre las carnes de los otros cuerpos muertos, hasta que poco á poco se fueron secando. Y ellos despues aparecieron á uno de sus monjes, que estaba tentado y afligido, y engañado del demonio, se quería desesperar y echarse una noche en el agua, y muchas veces se pusieron delante, entre él y el agua, cuando se quería arrojar, hasta que visto y socorrido de los otros frailes, volvió en sí y reconoció su culpa y el engaño de Satanás, y el favor que por intercesión destos santos le había venido del cielo. Estando Juan Estoneo, fraile de san Agustín, preso en la cárcel, porque no quería reconocer á Enrique por soberana cabeza de la Iglesia, acudió á las armas de los perfectos cristianos, que son oración y penitencia, y con ayuno se afligió tres días, suplicando á nuestro Señor con grande vehemencia que le favoreciese y esforzase en aquella batalla rigurosa de la muerte que esperaba. Al cabo dellos oyó una voz del cielo, que le llamó por su nombre y le mandó que animosamente perseverase en su buen